Manuel Eduardo de Gorostiza, hispano-mexicano, romántico y liberal

A lo largo de toda la mañana de aquel frío y desapacible 7 de marzo de 1820, se habían ido congregando personalidades y figuras relevantes, grandes y títulos de Castilla, oficiales, generales y subalternos, opulentos propietarios, banqueros y todo el comercio en general, abogados, médicos y hombres de ilustración y ciencia, junto al vecindario, unidas todas las clases, superiores y medias, confundidos en grupos armoniosos, abrazándose y dándose mil parabienes, en un inmenso y profundo sentimiento de patriótica satisfacción.

Muy temprano, la *Gaceta extraordinaria* había publicado una Real Orden que decía: «Para evitar dilaciones... y siendo la voluntad general del pueblo, me he decidido a jurar la Constitución promulgada por las Cortes Generales y extraordinarias en el año 1812.» La noticia de esta decisión del Rey había corrido como un rayo por la ciudad. Y como en tantas ocasiones, el pueblo de Madrid, abanderado del constitucionalismo recién estrenado y todavía inédito, se dio cita en la Plaza de la Villa, al amparo de la Casa Consistorial, alentado de una sola y unánime voluntad: empezar la aplicación de la Constitución eligiendo un consistorio representativo, que fuera reflejo y expresión de la esperanza y de las ilusiones de la mayoría del pueblo.

Para hacerlo de esta manera y en una más de las contradicciones de la historia, se eligió un método que no reconocía la Constitución y que quizá tampoco fuese muy democrático: la elección directa e inmediata por parte de la multitud allí congregada. De este modo, el 7 de marzo de 1820 ha quedado en los anales de la historia como el momento inicial del municipalismo democrático y constitucionalista. Es un hecho importante, protagonizado, precisamente, por el personaje objeto de esta página: Manuel Eduardo de Gorostiza.

Lo contó admirablemente, en sus *Recuerdos de un setentón,* aquel gran cronista de Madrid que fue Mesonero Romanos, de este modo: «Mas en medio de la algazara y efusión de tan singular espectáculo, trasunto del antiguo foro romano o ateniense, no debo ocultar que a veces tomaba algún tinte poco serio. Por ejemplo: aparecía en el balcón el poeta Gorostiza con un papel en la mano y, reclamando el silencio, decía: "—Ciudadanos, ¿quieren ustedes para alcalde primero constitucional al Marqués de las Hormazas?—" ¡Sí, sí, viva! decía con entusiasmo el pueblo. Pero en esto, una voz salida de los grupos dice: "No, que es tío de Elío". Y el pueblo, en el instante, recobrado de su primer movimiento, dice: "Abajo, fuera las Hormazas. ¡Otro, otro!" Continúa Gorostiza: ¿Quieren ustedes entonces por alcalde primero a don Pedro Sainz de Baranda? "¡Muy bien, viva, viva el alcalde de 1808, el defensor de Madrid!" ¿Quieren

ustedes por alcalde segundo a don...? "—¡Bravo, bien, bien!—" grita la multitud y Gorostiza, abriendo los brazos, exclama: "Pero señores, ¡si no lo he dicho todavía! (risa general y palmoteo). —¡Vaya, pues iba diciendo ¿quieren ustedes por alcalde segundo a don Rodrigo de Aranda?" "—¡Bien, bien! ¡Viva Aranda, viva Baranda!—" Y así continuó esta singular elección, siendo de observar que de este modo sencillo y primitivo se improvisó uno de los mejores Ayuntamientos que ha tenido Madrid.»

Manuel Eduardo de Gorostiza es modelo de un tipo de hombre que se hizo muy común por aquellos tiempos. Mezcla de peninsular y americano, mestizo de dos culturas y de dos pasados, síntesis y arquetipo de fidelidades y entregas compartidas, que cada uno supo vivir y protagonizar a su manera, conflictiva y admirable. Por poner algún ejemplo, permítaseme recordar a Francisco Javier Mina, nacido en 1789, el mismo año que Gorostiza y con un destino tan trágico como admirable. Mina fue navarro, patriota y liberal. Enfrentado decididamente a Napoleón y a Fernando VII, sufrió cárcel y destierro hasta que se embarcó en una romántica aventura, la de destronar al tirano allí donde fuera posible. En pos de su destino llegó a las playas de Tampico, México, y mientras Gorostiza estrenaba sus primeras obras, Mina sufrió descomunal derrota y murió fusilado por un pelotón del ejército realista español, a los veintiocho años de edad.

La biografía de Gorostiza, muy parecida a la de Mina en sus años mozos, tomó derroteros distintos. Hijo de don Pedro de Gorostiza, gobernador español de Veracruz, y de María del Rosario Cepeda, natural de Cádiz y emparentada con Santa Teresa de Jesús, vivió su primera niñez en México, a donde había llegado en el vientre de su madre en 1789, y regresó a la península a la muerte de su padre, acaecida en 1794, para instalarse en Madrid, siguiendo a su madre y sus dos hermanos.

Fue el hijo tercero de un distinguido militar, marino notable, amigo y familiar del segundo conde de Revillagigedo, a quien acompañó en el mismo barco cuando, nombrado Virrey de México, desembarcó en Veracruz. Amigo y colaborador del Virrey, de don Pedro de Gorostiza y su acción de gobierno quedan datos y existen reseñas documentales interesantes. Fue un militar ilustrado y puso en ejecución obras y proyectos de cierto interés. Su mujer, María del Rosario Cepeda, es también notable por muchos sentidos. De familia gaditana, hija de un corregidor de su ciudad natal, había recibido educación tan esmerada que, a la edad de doce años, en un concurso escolar, alcanzó fama y reconocimiento y fue nombrada regidora honoraria a perpetuidad de la ciudad de Cádiz.

Son datos tomados a vuelapluma, que van conformando el cuadro de referencias familiares de un hombre en el que no será difícil encontrar rastros de la influencia de sus progenitores en sucesión constante. Quizás el primero de todos, un cambio inicial muy significativo. Ser hijo tercero de una familia importante en aquella época determinaba de entrada la dedicación personal del sujeto. A Gorostiza, entregado el mayorazgo familiar a su hermano Francisco, dedicado a la actividad militar Pedro Angel, que llegaría a ser matemático y literato notable, le correspondía, por naturaleza, dedicarse a la carrera eclesiática. Su madre lo entendió así y desde muy temprano, instalados ya en Madrid, los dos mayores pasaron a convertirse en pajes de la corte de Carlos IV, mientras Manuel Eduardo vestía el traje eclesiástico y era internado en un convento. Este hecho, su inexorabilidad y el choque que tal experiencia produjera en el niño motivó su

primera rebelión personal, influida a distancia por la herencia del padre. Gorostiza al fin, pudo más en él la vocación militar que el disgusto que podía propinar a su madre. Dispuesto y sin miedo, se puso de acuerdo con sus hermanos, colgó los hábitos, se vistió de soldado y se presentó, orgulloso y decidido, a recoger la aprobación y bendición de doña María del Rosario.

Es de imaginar el desconsuelo de su madre. Y quién sabe cuál hubiera sido el destino final de esta primera rebelión infantil, de no coincidir con otro hecho decisivo. Vivía España momentos difíciles, de levantamiento y ruptura, en los años finales del régimen de Godoy, época de protestas, algaradas y disturbios, de enfrentamientos juveniles y estudiantiles, en el marco de una situación internacional nada estable. Gorostiza, empeñado en ser militar y su madre ilustrada, culta, sensible, tuvieron que llegar a un acuerdo final. Ingresó en una academia militar y pudo iniciarse brillantemente en los estudios que le apetecían. Pronto llegó a alcanzar el grado de capitán de granaderos.

Corría el año 1808. Habían penetrado los franceses en España, se produjo el 2 de mayo y se generalizaron el enfrentamiento, la intervención y la guerra. De acuerdo con algunos documentos no fácilmente asequibles, parece que Gorostiza intervino en la batalla de Bailén, que sufrió posteriormente una herida gravísima, un bayonetazo que le atravesó el pecho y del que se salvó milagrosamente, que tuvo que ser retirado del frente e internado largo tiempo en un hospital y que terminó la guerra con el grado de coronel.

Hagamos una pausa para volver a asistir a una nueva decisión en la vida de nuestro personaje. Ha terminado la guerra, está a punto de regresar Fernando VII *el Deseado* y Gorostiza, probablemente en Cádiz, donde habrá conocido a otros jóvenes, iluminados y llenos de fervor patriótico y liberal, tiene que reorientar sus actividades y organizar su futuro.

Lo más seguro es que durante el retiro en el hospital y posteriormente en su casa hubiera convivido intensamente con su madre, y la influencia materna le marcaría sin duda. Manuel Eduardo, aficionado a las bellas letras, habrá dedicado su ocio al estudio, a la lectura y por qué no, también a la práctica poética. Se habrá ido aficionando a escribir, se sentirá cada vez más seguro y empezará a producir epigramas y romances y en algún rato libre llegará a soñar con hacer algo de mayor altura. Es un seguidor decidido y entusiasta de Moratín, conoce el teatro francés directamente, hay que añadir que habla y escribe francés e inglés y cada vez se sentiría más a gusto en este nuevo ambiente, en el que estaba recibiendo sin cesar los estímulos maternos más sensibles.

La decisión parecía clara y la tomó sin titubeos. Se dedicará a las letras y a la política. A las letras, porque nota que puede manejar con facilidad y sin problemas los instrumentos adecuados, tiene fantasía, llega a rimar sin esfuerzos, le gusta rezumar las mieles del placer literario. A la política, por el impulso notable del ambiente, los amigos y la realidad en que vive. Una época de cambios profundos hace que emerja una generación nueva, y en el Cádiz de 1812 y los años siguientes se estaba cociendo y perfilando el grupo de hombres que varios lustros decidiría los destinos de España.

Tiene Gorostiza veintitrés años. Ha terminado la guerra. El liberalismo gaditano y la Constitución de 1812 encienden e iluminan los corazones y las mentes de los más

decididos. Con sus amigos, sus conocidos, los peninsulares y los americanos que pululan por Cádiz, Gorostiza va anudando y construyendo un conjunto de relaciones y una red de intereses. Allí conocerá a Alcalá Galiano, con quien le unió siempre permanente amistad. Y a los demás delfines del liberalismo, Martínez de la Rosa, Quintana, etc. Allí encontró y compartió con él nostalgias mexicanas, a Ramos Arizpe, antes de ser encerrado por el rey felón en oscuro calabozo. Y a José Mariano de Michelena, más tarde su amigo y más firme valedor en el gobierno mexicano. Su amistad con Vicente Rocafuerte y muchos otros diputados americanos en las Cortes de Cádiz viene de esa época.

En Cádiz debió vivir, igualmente, una notable experiencia que le marcaría para siempre: el periodismo de lucha, superador de los informativos de letras y ciencias, el periodismo de opinión y formación política. Su amistad con Félix Mejía se inició en aquellos años, cuando Mejía hacía sus primeros pinitos periodísticos en Cádiz.

No sabemos mucho más de estos años. Hasta su aparición pública en Madrid, dirigiendo las elecciones municipales, muestra del resabio municipalista que le venía de su madre y abuelo, Manuel Eduardo de Gorostiza debió vivir intensamente unos años de turbación, enfrentamientos, sobresaltos y desilusiones. Muchos de sus amigos tuvieron que correr al exilio y otros fueron deportados o ingresaron en la cárcel. Sus ídolos y modelos hicieron crisis, pero siendo joven, decidido y entusiasta, acalló sus impulsos y se dedicó de lleno a escribir. Es conocida su amistad con los hombres del teatro, como Máiquez, hay referencia de su boda, sus viajes por Francia, sus contactos con la literatura francesa, algunas traducciones y versiones de obras francesas y sus primeras producciones firmadas y representadas en seguida en Madrid. En 1818, *Indulgencia para todos* y poco después *Tal para cual, Las costumbres de antaño* y *Don Dieguito.*

En pocos años, según refiere Mesonero Romanos, había logrado fama merecida y aparecía públicamente como dramaturgo y poeta. Tal era su calificación personal, cuando llegamos a la fecha inaugural de 1820.

En 1820 se inicia en España el trienio liberal, una época escasamente conocida, que ha sido objeto de estudio y análisis casi exclusivamente por historiadores conservadores y, por tanto, no puede decirse que tengamos una imagen objetiva ni precisa de lo que fue ese período. En realidad, el trienio liberal constituye un momento especial, inaugural, de una línea de desarrollo político y social caracterizado por varias notas esenciales: liberal, democrática, popular, cristalizadora de las fuerzas, los impulsos, los grupos y las asociaciones —todavía no partidos— más progresistas, innovadores y transformadores de las situaciones dadas.

El trienio liberal es un laboratorio extraordinario, una época definida, que se abre y cierra con límites precisos y concretos, que van a permitir una disección ideal de un proceso político y social lleno de intensidad y de novedades, totalmente inéditas entonces, pero que se reproducirán posteriormente. Es necesario conocer y estudiar el trienio liberal para conocer y comprender los antecedentes obligados de muchos aspectos de nuestra historia. En esos tres años no será difícil encontrar antecedentes y elementos ovulares de casi todo cuanto ha ocurrido después. La experiencia vital de Gorostiza, a lo largo de esos tres años, nos lo va a ir mostrando y recordando.

En marzo de 1820 Gorostiza tiene treinta y un años, experiencia teatral adquirida, fama y renombre. Es colaborador distinguido de la *Crónica Científica, Literaria y Política* de Mora y ha escrito poemas y sonetos, algunos de ocasión como el dedicado a la reina Isabel, muerta prematuramente. Al parecer, a pesar de su liberalismo, pero hijo a la vez de familia acrisoladamente servidora de la monarquía, mantiene firme su esperanza en una rectificación política por parte de Fernando VII, al que dedica poesías y una obra teatral, *Las costumbres de antaño,* representada en 1819. Sin embargo esa esperanza no le abandonaría hasta bien entrado el trienio. Su dedicación a la *Crónica* de Mora y su amistad con él le obligaron, a partir de comienzos de 1820, a tomar la dirección del semanario, ya que Mora había tenido que desplazarse a París por una larga temporada. Lo hizo bien en su primera experiencia periodística, que compartía con una asidua frecuentación de cafés y clubes literarios de moda: *Lorenzini,* en la Puerta del Sol, y *La Fontana de Oro,* en la esquina de la carrera de San Jerónimo con la calle de la Victoria.

Las jornadas revolucionarias de marzo nos muestran a un Gorostiza en plenitud de facultades, situado por las circunstancias en una posición relevante y excepcional. Protagonista en la elección del primer alcalde constitucional de Madrid, esa misma noche tomó una decisión importante: la de convertir el semanario en diario, cambiándole de título. Así, a partir del 13 de marzo, salió con esta nueva cabecera: *El Constitucional, o sea Crónica Científica, Literaria y Política.* Hasta su desaparición, varios meses más tarde, se publicó todos los días con notable éxito y regularidad.

Hombre de letras, personalidad conocida y famosa, su asistencia a los cafés literarios le llevará a protagonizar otra faceta de la actividad de aquellos días, la conversión de los clubes literarios en Sociedades Patrióticas. Y aquí, permítaseme una referencia obligada a la notable obra de Gil Novales que, con ese título, ha hecho una importante contribución, no conservadora, a la historiografía del trienio. Y un pequeño excurso bibliográfico. Al ser todos los trabajos sobre Gorostiza de procedencia mexicana, las fuentes utilizadas y los documentos manejados, se refieren preferentemente a una época posterior y resultan, en general, oscuros y confusos respecto del trienio liberal. He tenido la suerte y el tiempo de rehacer la presencia de nuestro héroe en la obra de Gil Novales, y ésa es la razón de que pueda dedicarle cierto tiempo y espacio a este período tan crucial de su vida.

Gorostiza vivió plena, intensa y apasionadamente el trienio liberal, metido de lleno en la pequeña y en la gran historia de aquellos largos meses, duros y difíciles como duro y difícil fue el proyecto político que trató de definirse, imponerse y prevalecer, resistiendo y luchando contra todos los elementos.

Los españoles, en el trienio, se enfrentaron por vez primera con el reto de organizar un sistema político absolutamente nuevo, desprovistos de experiencias previas, sin modelos externos a los que poder referirse o poder consultar. La Constitución de 1812 había supuesto la ruptura total con el pasado, excepto en un punto, la permanencia del Rey, pieza clave del sistema, piedra de toque de la seguridad mínima, refugio de todos los temores al salto en el vacío y de los miedos implicados en el proceso revolucionario que se estaba iniciando. Rey y Constitución eran, para la mayoría del pueblo, los dos elementos esenciales de ese sistema, equilibrados entre sí, imbricados y justificados el

uno en el otro, sin más posibilidad que su aceptación sin reservas. No había alternativa. Porque de lo contrario eran posibles la recaída en el absolutismo y un peligroso salto en el vacío.

Durante tres años, la discusión sobre el papel y las funciones, tanto del Rey como de la Constitución, llenará y ocupará los ocios y los negocios de los españoles. A lo largo de esos años, en crisis permanente, en tensión que nunca tuvo un momento de reposo, el proceso de la discusión transcurriría por unos cauces dados, que se han pretendido paradigmáticos de los procesos revolucionarios en general.

La primera etapa consistió en la eclosión revolucionaria, que tuvo estas características: fue producto del esfuerzo de un grupo dado, que cedió el protagonismo y la primacía a la generación anterior, a los fundadores del 12, quienes se hicieron con las riendas del poder. La moderación, la prudencia y el realismo de este equipo de hombres chocó con los afanes de cambio radical y las esperanzas de transformaciones más profundas, que se fueron abriendo paso con fuerza desde el primer momento.

El doble enfrentamiento, de un lado con las fuerzas del pasado, incapaces de comprender los cambios, aferradas a la visión absolutista, y por otro con las fuerzas radicales y revolucionarias que estaban emergiendo a gran velocidad, provocaron un sensible desgaste de los políticos moderados, incapaces de mantener el equilibrio inestable al que estaban obligados.

Gorostiza, en esta época, dio muestras de moderantismo y desarrolló un papel conductor, de enlace y encuentro entre los personajes representantivos de las dos tendencias liberales. Amigo de Alcalá Galiano, siempre en la punta del radicalismo, conocía y frecuentaba también a los líderes moderados y defendía una postura de sano equilibrio en las páginas de *El Constitucional,* rápidamente puesto al servicio del nuevo régimen.

Los moderados, por la fuerza de los hechos, comprendieron en seguida la necesidad de introducir cambios sensibles en el texto constitucional y de traducir las aspiraciones ideales en cuerpos legales de compromiso con la realidad. Difícil situación, al tener que enfrentarse, precisamente, con quienes habían traído la revolución y eran acérrimos defensores de mantener a ultranza, en toda su pureza, el texto de la Constitución de 1812.

Como periodista, Gorostiza tuvo un destacado papel, especialmente en los dos primeros años. Dirigía la *Crónica Científica, Literaria y Política,* cuando se produjo la declaración real y el cambio de título y la salida diaria de *El Constitucional.* Fue un reto importante, que supo recoger y al que respondió satisfactoriamente. Se mantuvo a su frente hasta el regreso de Mora de París y siguió colaborando con él, a partir del 5 de mayo de 1820, hasta la desaparición del periódico. No tardará mucho, sin embargo, en volver a las andadas y poco después, con Mora y Mejía, emprendería una nueva andadura periodística, con la salida de *El Correo General de Madrid,* poco después titulado, también, *El Constitucional.*

Gorostiza, Mora y Mejía seguirán juntos todavía cuando, a finales de 1822, creada ya la Sociedad Landaburiana, se llevará a cabo el intento de convertir otro periódico, *El Patriota Español,* en expresión política de la nueva sociedad, en un momento de

crisis y decadencia irreversible. No fue posible publicar muchos números, pero los tres, y en especial Mora y Gorostiza, volverán a encontrarse y colaborarán intensamente en el exilio londinense. Desde mediados de 1823 hasta 1825, cuando se incorporase a su misión en Bruselas, Gorostiza colaboraría con Mora en todo cuanto éste emprendiera.

El repaso de las páginas de *El Constitucional* nos va a permitir conocer otra faceta de la actividad de Gorostiza, su defensa de las peticiones y posturas planteadas en las nuevas Cortes por los diputados americanos, especialmente los representantes de la Nueva España. Es muy probable que ya durante la primera época de las Cortes, tanto en Cádiz como en Madrid, Gorostiza tuviese la oportunidad de conocer a los diputados americanos, representantes de las provincias de ultramar, los primeros constitucionalistas de América, con quienes conversó y a quienes tuvo por amigos. Tal debió ser el caso de Ramos Arizpe, Michelena, Rocafuerte y algunos más.

Al reanudarse las Cortes en 1820, tras una fuerte presión popular, en la que Gorostiza y sus amigos de los Clubes tuvieron mucho que ver, reaparecieron por Madrid algunos viejos diputados y amigos. A ellos les ofreció Gorostiza las páginas de *El Constitucional* y en el periódico se publicaron algunas colaboraciones, notas y comentarios, sobre los problemas de la representación americana y de la rebelión de los «malos americanos», levantados contra España. Aquí, la doctrina constitucional volvía a ser clave para encontrar soluciones apropiadas al problema. «Apliquemos la Constitución plenamente, con todas sus consecuencias y desaparecerán las causas que han provocado el levantamiento.» Rey y Constitución seguían siendo panacea de todos los males.

Precisamente con motivo de la convocatoria de las Cortes volvió a Madrid Vicente Rocafuerte, ecuatoriano, personalidad liberal notabilísima, muy español y americano cien por cien, amigo de las figuras más importantes del liberalismo en América y Europa. Las sociedades secretas que dirigían el levantamiento en América buscaban una personalidad relevante, capaz de acercarse a España y de reconocer en profundidad las intenciones, las posibilidades y el alcance de los proyectos revolucionarios de 1820 y de las reformas y posibles aplicaciones de la Constitución. Ese hombre no podía ser otro que Rocafuerte, que conocía y trataba personalmente a la mayoría de los nuevos gobernantes.

Rocafuerte llegó a Madrid a comienzos de agosto de 1820, cuando ya había terminado el primer período de sesiones, en el que se habían discutido sin éxito las propuestas de los diputados americanos. Acababa de producirse la primera desilusión y existían posiciones contrapuestas en quienes habían llevado hasta entonces el peso de la discusión, Ramos Arizpe y Michelena entre ellos. El momento español, por otra parte, estaba plagado de incertidumbres y lleno de dificultades.

Rocafuerte buscó a Gorostiza, quien le puso en contacto con otros dirigentes del liberalismo español y le introdujo en los círculos y sociedades patrióticas, entonces en plena floración. En muy poco tiempo Rocafuerte se dio cuenta de la delicada situación del régimen, de sus graves y profundas contradicciones y del peligro que corría el recién inaugurado y endeble constitucionalismo peninsular.

Gorostiza había sido en estos primeros meses uno de los impulsores más decididos de las Sociedades Patrióticas, la del *Café de Lorenzini* en primer lugar, así como la que se ubicó en el famoso y conocido *Café de la Fontana de Oro.*

El *Café de Lorenzini* estaba situado en la Puerta del Sol y muy pronto fue lugar de encuentro de todo tipo de gentes que, de manera espontánea y natural, buscaban la forma de comunicarse, saber lo que pasaba, expresar sus opiniones y compartir emociones y propósitos. La liberalización espiritual y material a que estaban asistiendo les llevaba al mismo tiempo a intentar formas de organización, por muy primitivas que fuesen.

Las primeras Sociedades Patrióticas se instalaron mediante superposición en los cafés establecidos, formas naturales de convivencia y reunión. Al parecer, a ciertas horas del día, se fijaba la costumbre de que algunas personas, conocidas o no, habituales o no del lugar, se levantasen a pronunciar discursos, a recitar poesías, incluso a entonar canciones, siendo coreados, jaleados y aplaudidos, y con frecuencia estas intervenciones acababan en discusión y polémica, en un ambiente de permisividad y aliento liberal. Como estos hechos solían acabar en algarada, se hizo necesario introducir algunos elementos de control y autoorganización.

Los sucesivos jefes políticos de la ciudad siguieron con atención y preocupación el desarrollo de las nuevas sociedades, las dos a que me he referido arriba y una tercera, la de *La Cruz de Malta,* seguro centro de conspiraciones y disturbios, prontamente clausurada. La capacidad de autocontrol corría paralela a las mil artimañas y engaños que los habituales de los cafés empleaban para eludir la acción policial, y ni siquiera el invento de hacer que algunos concejales asistieran a sus sesiones impidió o alivió más que temporal y brevemente, el desarrollo de las acciones emprendidas.

Los cafés, tan frecuentados por Gorostiza, quien aparece con insistencia en todas las referencias documentales, fueron los núcleos iniciales de las organizaciones políticas embrionarias que se irían desarrollando a lo largo del primer tercio del siglo XIX y no solamente en Madrid, sino que se difundieron y extendieron como reguero de pólvora por todo el país. En el *Café Lorenzini,* pronto cerrado definitivamente, y en el de *La Fontana de Oro,* se prepararon todo tipo de acciones, se organizaron manifestaciones y algaradas, se redactaron manifiestos, se decidieron representaciones y presiones frente a las Cortes, el Ayuntamiento y la Casa Real. Allí se recibió a Riego, cuando éste se decidió finalmente a venir a Madrid, de paso para Galicia; en los cafés se discutían y seguían acaloradamente las sesiones de las Cortes, las actividades de los absolutistas, las incitaciones militares, los rumores de golpes, la ineficacia del Gabinete y las relaciones de los ministros con el Rey. En los cafés se analizaron pormenorizadamente las iniciativas y los proyectos sobre desafectación de bienes, la cuestión religiosa y todos los temas que se iban iniciando y discutiendo en las Cortes.

A lo largo del trienio vamos a seguir a Gorostiza en un protagonismo popular cada vez más evidente, siempre a la cabeza de las manifestaciones populares, como con ocasión del 7 de julio de 1821, momento culminante en el proceso de crisis a que se veía sometido el régimen constitucional. A la cabeza de los manifestantes, apareció en la Plaza de la Villa para exigir explicaciones y preguntar el por qué de la destitución de Riego y las nuevas orientaciones de la Corona. Entraba en crisis su confianza en el Rey y le resultaba cada vez más difícil aceptar la buena voluntad del Monarca y su disposición a gobernar en el marco de la Constitución.

Desconocemos con detalle el proceso político que siguió el ya no tan joven Gorostiza de estos años. Al parecer se mantuvo en la moderación y el equilibrio, cada vez más cerca, sin embargo, de los jóvenes cachorros del liberalismo, pero sin caer en los excesos de los grupos más violentos y predicando, en *La Fontana de Oro,* con insistencia digna de elogio, la calma, el sosiego, la razón y el entendimiento de las inmensas dificultades de todo proyecto transformador. Hay un dato interesante, tomado de sus discursos en *La Fontana:* se refiere a la primacía del elemento internacional en la cada vez más grave crisis del sistema.

Se trata de algo que denota su interés por la política internacional y la cercanía del seguimiento de la actualidad en Europa, gracias a su conocimiento de los idiomas y a sus contactos con amigos e intelectuales de otros países. Ve cada vez con mayor claridad la importancia de la presión extranjera y, en un momento dado, llevado por una increíble exaltación nacionalista, con la que se anticipa a Unamuno, exige, con energía y desenfado, que nos olvidemos de los extranjeros y que, si siguen empeñados en despreciar la realidad española, tendremos que devolver su ingratitud, cerrando las fronteras y negándoles nuestros productos.

Lo cierto es que en esta época, aparte del periodismo, fundamentalmente político, sus actuaciones públicas en las Sociedades Patrióticas, sus contactos con los diputados americanos, sus relaciones literarias y el ejercicio de la crítica y la frecuentación de sus amistades, como la del famoso Máiquez muerto en estos años, poco más sabemos de su vida familiar, las relaciones con su mujer y sus hijos, sus viajes por el extranjero, etcétera.

En un momento culminante de esta actividad, reaparecerá a mediados de 1822 como fundador de la Sociedad Landaburiana, una organización nueva que, en el proceso final del trienio, significó la exaltación y popularización de las estructuras de apoyo al liberalismo más radical. La sociedad, en homenaje al capitán Landaburu, muerto con motivo del levantamiento absolutista de El Pardo y el intento de asalto a Madrid, supuso la ruptura definitiva entre las dos ramas del liberalismo revolucionario, la que siguió estando dominada por las figuras más conocidas del constitucionalismo puro pero elitista y minoritario, y la facción más popular, integrada por ciudadanos de a pie, influidos por la tradición comunera castellana, que inicia en este momento una nueva andadura que se extenderá a lo largo de los años y dominará con sus esquemas complicados pero eficaces el futuro político de las décadas siguientes.

Fundador de la Sociedad Landaburiana, con Alcalá Galiano y Mejía entre otros, Gorostiza trató de llevar a ella el aliento moderado de siempre, pero sin conseguirlo. La Landaburiana tuvo una vida corta, agitada y densa, hasta desaparecer con la llegada de los franceses, la dispersión consiguiente y el paso a la clandestinidad comunera de la mayoría de sus cuadros.

Con la derrota del régimen, al producirse el paseo militar de los «Cien mil hijos de San Luis», el destino de Manuel Eduardo de Gorostiza inicia otro nuevo proceso de cambio, que le va a llevar a la toma de importantes decisiones. en primer lugar, el exilio en Londres, siguiendo con ello el mismo camino de la mayoría de sus amigos y sus mejores colaboradores.

En Londres se encontrarían todos y allí tuvieron que acomodarse a una realidad difícil, amparados en ayudas escasas, despiertos y vigilantes a cuanto pudiera contribuir a su supervivencia. Gorostiza, sin embargo, se encontró con otro buen amigo, Blanco White, quien le abrió las puertas de algunos ingleses, en especial las del poeta Thomas Campbell, a cuya casa y en cuyas tertulias asistió y quien le facilitó, igualmente, la posibilidad de publicar algunas colaboraciones en inglés, en revistas inglesas. Durante casi un año Gorostiza vivió en medio de dificultades y penurias, siguiendo en ello los mismos avatares y problemas que el resto de las más de mil familias españolas instaladas en el pequeño barrio londinense de Somers Town.

Fue un período de reflexión y creación literaria, que permitió a Gorostiza revisar algunos supuestos personales, entrar en contacto con personajes, ideas y corrientes literarias, analizar y comentar sus propias posturas e incluso ordenar, revisar y preparar la edición de sus obras, lo que hizo en Bruselas, en 1824, así como inicar los esquemas de algunas obras nuevas que publicaría poco después. Se cuenta, por ejemplo, que el argumento de su comedia más conocida, representada y comentada, *Contigo pan y cebolla,* es reflejo de una situación familiar, en la que participó él mismo y su hija Luisa, pretendida en Londres por un caballero de cierta alcurnia y escasos recursos.

Es necesario avanzar más deprisa en la descripción de su vida. En Londres vamos a asistir a la gran transformación personal, el hecho fundamental que devolverá nuestro personaje a su país de origen y le abrirá horizontes inesperados y brillantísimos, que iba a llenar con resolución, energía, inteligencia y coraje. Manuel Eduardo de Gorostiza, forzado por las circunstancias o quizás como consecuencia de un proceso de recuperación de su identidad personal mucho más largo, llegó al convencimiento de que tenía que dar por cancelada su etapa española, para ponerse al servicio de México y convertirse plena y totalmente en ciudadano mexicano.

Tenía treinta y cinco años, estaba en plena madurez intelectual y aparecía físicamente entero y fuerte, aunque las secuelas del bayonetazo francés le obligaban a una cierta inclinación y encorvamiento prematuro. Fue una gran suerte que, en Londres, se encontrase con sus viejos amigos Michelena y Rocafuerte, recién llegados también a la capital del imperio británico. Sus conversaciones con Michelena, jefe de la misión, que incluía a Rocafuerte como segundo, a Murphy que pronto seguiría a París para instalarse varios años allí y otros cuatro o cinco empleados, debieron ser frecuentes y resultaron muy provechosas para ambos. Michelena escribiría en seguida a México solicitando de Lucas Alamán, también amigo de Gorostiza, y a la sazón ministro de Asuntos Exteriores, que se accediera a la petición de nacionalidad de Gorostiza y la extensión de un permiso que le posibilitara el regreso inmediato a México.

Ésta fue, al parecer, la primera intención de Gorostiza, tomar a toda su familia y marcharse a vivir a su país de nacimiento, del que sólo tenía vagos recuerdos pero del que había oído hablar tanto a todos sus amigos.

El texto del documento por el que Gorostiza solicita la concesión de nacionalidad, así como su aspiración a entrar al servicio de México, está escrito con donosura, gracia y estilo y puede servir como síntesis autobiográfica de nuestro personaje.

Serenísimo señor:

Nací en Veracruz el 13 de octubre de 1789, donde mi padre se hallaba a la sazón de Gobernador y donde yace enterrado. Vine a España de edad de cuatro años y apenas alcancé la prevenida por la ordenanza, entré a servir como cadete. Capitán ya de granaderos cuando la invasión francesa, hice enseguida una gran parte de la guerra de la independencia y creo que con alguna distinción: tuve, sin embargo, que retirarme al cabo: porque ni mis heridas, ni la endeblez de mi constitución física, me permitieron continuar en ejercicio tan activo.

Desde entonces, no he tenido otro carácter público, ni lo he solicitado. Sin embargo, he sido bastante dichoso para haber podido, desde mi rincón, servir la causa de la libertad europea, ya como mero ciudadano, ya como escritor. Debo también, a entrambas circunstancias, la honra de que se me haya proscrito en mi patria adoptiva y de que se me haya confiscado cuanto tenía.

Creo, señor, que V.A. habrá adivinado desde luego el por qué me he creído obligado a importunar su atención, con unas menudencias tan insignificantes, como lo son, en efecto, cuantas tengan relación conmigo. Ausente treinta y un años hace, de mi verdadera patria y sin contar en ella ni un pariente, ni un amigo, ni una pulgada de arraigo ¿podía yo ser tan neciamente vano que me figurara bastar sólo el que yo me firmase, en esta exposición, para que V.A. supiese quién se la dirigía? No, señor, no creo que vale tanto mi oscuro nombre y, por eso, y únicamente por eso, me he atrevido a entrar en aquellos detalles.

Mexicano, pues y rotos hoy los vínculos que me ligaban a la que fue cuna de mis padres, mi deber y mis principios, juntamente, me impelen a ofrecer a la República, por medio de V.A. mi homenaje y mis estériles votos, aunque ardentísimos, por su futura prosperidad. Dígnese V.A. admitirlos. Nada pido, porque, no habiendo podido hasta ahora emplearme en nada en servicio de mi patria, a nada tengo derecho. Pero si ella cree que mis débiles talentos pueden serla de alguna utilidad, disponga de ellos, y de mi vida como guste. No me ha quedado ya otra cosa que ofrecer en sus aras. Tampoco puedo hacer menos.

Nuestro Señor guarde a V.A. muchos años.

Londres, 10 de julio de 1824.

No se sabe a ciencia cierta si fue Michelena, con el consejo de Rocafuerte, o por convencimiento repentino de Gorostiza, pero el hecho es que a los pocos días Michelena solicitaba de sus superiores en México, primero, que aceptaran su solicitud, y enseguida permiso para incorporarle a su misión y encargarle algunas gestiones. La primera de ellas fue inmediata y consistió en pedirle que se trasladara a Bruselas para empezar de inmediato los contactos pendientes al reconocimiento de México por los Países Bajos.

Sus conocimientos, sus relaciones personales y de amistad, el dominio de idiomas y las indudables dotes personales y diplomáticas del recién nacionalizado, eran virtudes que Michelena no podía desaprovechar. Y así Gorostiza, quizá sin haberlo pretendido conscientemente, iniciaba una nueva etapa en su vida, marcada por los viajes frecuentes, los encuentros diplomáticos, las entrevistas con comerciantes y políticos, los informes reservados, la negociación y el compromiso como actividad ordinaria de todos los días.

Sus gestiones duraron largos años, ya que en esta tarea, incluido su paso por Londres como sucesor de Michelena y Rocafuerte, permaneció hasta 1833, fecha de su viaje y regreso definitivo a México. Durante ocho largos años estuvo casi permanentemente en Bruselas y en Londres, y realizó viajes por el continente que le llevaron a Frankfurt, Hannover, Berlín, Munich, Hamburgo, París, Bremen y un intento fallido de llegar hasta San Petersburgo.

En todas partes sus gestiones tenían la misma finalidad y se desarrollaron según pautas similares. Se trataba de romper el cerco diplomático con el que España tenía encerrada a Hispanoamérica, para obtener, en primer lugar, la iniciación de contactos comer-

ciales, el derecho de navegación para los buques con bandera mexicana, firmar acuerdos de intercambio y relaciones especiales, que generalmente culminaban con el nombramiento de cónsules en las ciudades respectivas, y seguir más tarde con el intento de un reconocimiento diplomático en toda regla, la firma de un tratado de amistad y comercio y la total normalización de relaciones.

Cuestiones, todas ellas, difíciles de lograr. En Europa seguía en pie y se mantenía con firmeza la Santa Alianza, de la que España formaba parte y los imperios centrales, Austria y Rusia, seguidos de los reinos grandes, Prusia y Francia, pero también de los Estados periféricos como Países Bajos y Suecia, no podían desentenderse de las exigencias y deseos del rey español, tan empecinado todavía, por esos años, en mantener sus derechos sobre las provincias de ultramar, incluso de vez en cuando sus esporádicos intentos de reconquista.

Poco a poco la guerra de América fue rindiendo frutos positivos y la independencia se extendió por doquier. Colombia consiguió un inicial reconocimiento y México, limitado y atado a los avatares propios de su especial proceso de independencia, primero con Iturbide y posteriormente ya en la República, seguía los pasos de Colombia y trataba, desde Londres, convertido en cabeza de puente diplomática, de conseguir algunos resultados.

La responsabilidad principal de esta tarea recaía en Michelena, apoyado a fondo por Rocafuerte. Michelena era un político sagaz, curtido en las Cortes españolas, preparado y capaz, pero no hablaba inglés y de ahí su necesidad de contar siempre con Rocafuerte, así como su alegría al encontrarse en Londres con Gorostiza. Ellos en Londres y sus dos agentes estrella, Murphy en París y Gorostiza en Bruselas y desde ahí el resto de Europa, fueron los artífices de un rosario de tratados y acuerdos, que se fueron elaborando y pudieron llegar a firmarse, en Londres y en las demás capitales europeas, a lo largo de esos años. En todos ellos la intervención de Gorostiza fue capital, desde la iniciación de las conversaciones hasta la firma de los documentos finales.

Michelena y Rocafuerte tuvieron problemas políticos derivados de la inestabilidad ministerial en México y los frecuentes cambios presidenciales. La movilidad de las Cámaras, las luchas y enfrentamientos entre fracciones y la política interna salpicaba de dificultades la gestión de los diplomáticos. Regresó a México Michelena y poco después también tuvo que seguir Rocafuerte el mismo camino.

Ésta fue la ocasión para que el flamante cónsul general de México ante el reino de los Países Bajos pasara a ocupar la Embajada de México en Londres, coincidiendo con la restauración en Francia, la firma del tratado con este país, la iniciación de contactos y relaciones con el Vaticano y el vuelco total de los países de la Santa Alianza, coincidente con los últimos meses de vida de Fernando VII y el reconocimiento generalizado de México por la mayoría de las capitales europeas.

El regreso de Gorostiza a México llegaría en un momento de máximo triunfo personal y de un reconocimiento general a su brillante carrera diplomática.

¿Qué sentiría este hombre de cuarenta y cuatro años, al observar a lo lejos la línea de la costa y las almenas de San Juan de Ulúa, a la entrada de Veracruz, acodado sobre la borda del barco que le devolvía a su tierra natal, después de una ausencia de cuarenta años?

Durante casi toda su existencia se había creído y sentido español y había vivido con intensidad y entrega total la realidad de España. Convencido de su nacionalidad, ya en plena madurez, se entregó con el mismo fervor e idéntico entusiasmo al servicio de su patria mexicana. Hispano, mexicano, romántico y liberal, escritor conocido, luchador impenitente, volvía a su tierra natal dispuesto a afincarse en ella y a seguir trabajando por sus ideales de siempre. ¿Qué le depararía el destino?

En Londres acababa de publicar una nueva comedia, *Contigo, pan y cebolla,* después de varios años de no escribir. La había enviado a México, con la intención de que fuera representada en el Teatro Principal, pero en ese momento desconocía que una copia del texto acababa de llegar a Madrid, donde se preparaba su puesta en escena y que el éxito de crítica sería arrollador. Entre otros, el propio Larra quiso opinar sobre Gorostiza y escribió algunas notas, atinadas y certeras.

El señor Gorostiza, poeta ya ventajosamente conocido en nuestro teatro moderno, se ha apoderado de una idea feliz y ha escogido un asunto de la mayor importancia... Ya puede inferir el lector qué de escenas cómicas ha tenido el autor a su disposición; el señor Gorostiza no las ha desperdiciado; rasgos hemos visto en su linda comedia que Molière no repugnaría, escenas enteras que honrarían a Moratín... El lenguaje es castizo y puro, el diálogo bien sostenido y chispeando gracias, si bien no quisiéramos que le desluciesen algunas demasiado chocarreras...

Sin tiempo para analizar las características de su obra literaria, sí conviene decir que Gorostiza cumple una función desmitificadora, quizá sin darse cuenta. Conocedor del teatro romántico como pocos, fue capaz de superarlo, pasar a una línea crítica posterior y por circunstancias especiales fue el introductor en España, con su última obra, de la disolución crítica y el humor posromántico. Llorens lo señala con toda razón, cuando dice: «La comedia de Gorostiza se representó en Madrid y México el mismo año de su publicación en Londres. El público madrileño la acogió favorablemente. Con la particularidad de que aquel público la aplaudía antes de que se estrenaran los primeros dramas románticos de los emigrados. Así pues, la caricatura precedía en España al cuadro romántico».

Gorostiza llegó a México en un momento lleno de interés y novedad. Gobernaba Gómez Farías, culto, liberal, ilustrado, lleno de pasión por la educación y la cultura popular. Su presencia no pasó desapercibida y, nada más desembarcar en el puerto de Veracruz, Gómez Farías le encargó que formara parte de la Comisión dedicada a estudiar la primera reforma educativa mexicana, en la Dirección General de Instrucción Pública, así como la creación de la primera Biblioteca Nacional y el estudio sobre la creación, igualmente, de un posible Teatro Nacional. Desde el primer momento, aparecía claro que México no iba a desaprovechar el talento y los conocimientos del recién llegado.

Poco a poco sus actividades se fueron extendiendo a otros campos. Debo decir que esta última y larga etapa en la vida de nuestro personaje está bastante bien tratada y ha sido objeto de estudios y comentarios por sus biógrafos mexicanos, especialmente Armando de María y Campos, quien tuvo la oportunidad de conocer y conversar con las biznietas de Gorostiza, que le transmitieron papeles, confidencias y noticias poco o nada conocidas anteriormente. Gracias a estos biógrafos los casi veinte años que Manuel Eduardo vivió en su país nos son ampliamente conocidos.

A lo largo de estos años trabajó en el campo de la educación y a él se deben iniciativas de interés, como la Casa de Corrección de Jóvenes, ubicada en Santiago de Tlatelolco, junto a la Casa de Asilo de Mendigos, un anticipo de soluciones socio-educativas que serían norma y generalidad más tarde. En efecto, siguiendo reglas que más tarde se considerarían las más indicadas, dotó al establecimiento de talleres e instrumentos para impartir a los jóvenes del asilo una formación que les permitiera ganarse por sí mismos un honrado sustento.

Fomentó la actividad artística y en un momento de crisis, a la muerte de Gómez Farías, llegó a hacerse cargo de la empresa del Teatro Principal, abocado a la quiebra. Vivió con intensidad la política nacional y fue ministro en varias ocasiones, tanto de Hacienda como de Asuntos Exteriores, y en un momento dado le correspondió recibir en México al primer embajador español, Calderón de la Barca, que había llegado a la ciudad de los palacios acompañado de su mujer, fina y exquisita escritora, que nos ha dejado una extraordinaria descripción de sus impresiones y memorias. Calderón, en sus despachos, se refería a Gorostiza encomiando su conocimiento y cariño hacia las cosas de España.

Una de sus gestiones más importantes fue la que llevó a cabo en Washington. Enviado como ministro plenipotenciario a los Estados Unidos de 1834 a 1836, le correspondió ejercer esta actividad en un momento crítico y difícil de las relaciones entre los dos vecinos. Debo recordar que ya en su etapa de ministro en Londres había advertido con frecuencia al gobierno mexicano de las pretensiones y ambición norteamericanas en el territorio de Texas. En Washington, en 1836, se enfrentó al gobierno estadounidense, permaneciendo en su misión hasta la declaración de la guerra y la ocupación de Texas por el ejército americano.

Era el final trágico de una vieja ambición. Los gobernantes americanos exigían de México mayor proteccción y defensa de sus intereses y alegaban que la falta de respuesta y la inhibición constante del ejército mexicano obligaba a los norteamericanos a intervenir y ocupar zonas de territorio en defensa de sus nacionales. Gorostiza siempre se opuso a esta interpretación y llamó la atención del gobierno sobre el peligro y la gravedad de las invasiones yanquis. No se le hizo caso cuando estaba en Londres y tampoco tuvo mucho éxito desde Washington, al intentar desenmascarar la doble política y el peligroso juego de la diplomacia y del ejército del vecino del norte.

Su denuncia pública de los hechos le acarreó dificultades y problemas, que trató de vencer con el peso y la fuerza de la razón, publicando la correspondencia y los documentos que se habían cambiado entre la misión mexicana y el gobierno de Estados Unidos. Fue derrotado por la ley del más fuerte y tuvo que regresar a México, con la desesperación del convencido a quien no se hizo caso.

Entre 1838 y 1839 fue, por períodos cortos, ministro de Relaciones Exteriores, de Interior y de Hacienda en el gabinete de Anastasio Bustamante. De marzo a julio de 1839, con López Santana, Nicolás Bravo y el propio Bustamante, volvió a ocupar la cartera de Exteriores, intervino más tarde (1840-1841) en las negociaciones entre México y España sobre las reclamaciones de súbditos españoles y el problema de la ciudadanía hispano-mexicana, y en 1841 recibió el nombramiento de Director de la Renta del

Tabaco, en Morelia, cargo que seguiría ejerciendo durante diez años hasta el momento de su muerte.

Fue sonado y muy comentado su *Dictamen sobre la cuestión de Tejas,* defendido por él ante el Consejo de Estado el 3 de junio de 1840, en el que mantuvo la necesidad de ir a la guerra: «Queda, pues, demostrado, que la paz con Tejas tal como se nos la ofrece y tal como tiene que ser, lejos de poner un término a los males nos los procurará mayores y de peor trascendencia».

Todavía volvió a ejercer cargos ministeriales, en este caso la cartera de Hacienda, primero con ocasión de haber dimitido Ignacio Trigueros (1842) y posteriormente, durante un mes escaso (1846), en el gabinete de Paredes y Arrillaga.

Pasados algunos años, Gorostiza volvió a vivir una experiencia singular y notabilísima, que parece retrotraernos a los momentos de exaltación patriótica de su juventud. Con cincuenta y ocho años de edad, agotado y cansado, lleno de achaques y debilidad, aún pudo sacar fuerzas de flaqueza y se aprestó, con ilusión y temperamento juvenil, a participar en la defensa de la patria.

Mucho debió recordar de sus días mozos, cuarenta años atrás, cuando en situación muy parecida participó en la guerra contra Napoleón. Estos de ahora, como los franceses, invasores de países supuestamente amigos, se creían el mejor ejército del mundo y, casi como en un paseo, atravesaron México de arriba abajo hasta llegar a la capital.

Gorostiza, ni corto ni perezoso, se dispuso a hacerles frente y sin otra ayuda que su mejor buena voluntad, con dinero propio y seguido de unos cuantos amigos, aprestó un batallón completo, que vistió y armó con sus propios recursos, disponiéndolo en línea de combate. Su nombre ha adquirido un relieve histórico, «El batallón de Bravos», y a las órdenes del general Anaya se destacó en la defensa de Churubusco, cuando el ataque y la toma de la ciudad de México por los americanos.

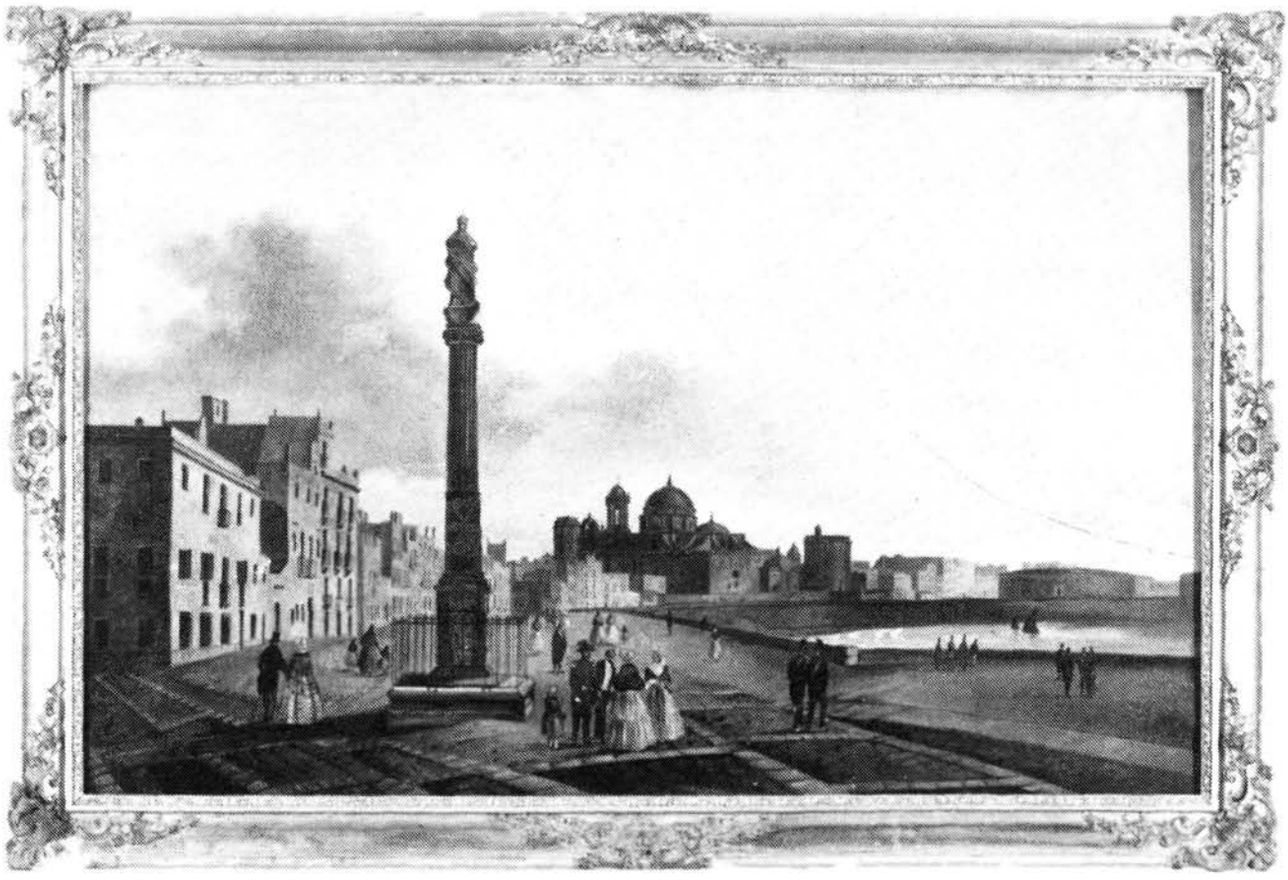
Se cuenta que el general Twiggs buscaba a un oficial mexicano a quien responsabilizar de la situación de la tropa ya rendida y, al conocerle y observar que hablaba inglés, preguntó por su nombre y, cuando le dijeron que se trataba del antiguo embajador de México en Washington, descendió de su caballo, se descubrió y lo saludó con la mayor deferencia, entregándole la responsabilidad correspondiente.

Gorostiza participó en aquella batalla en condiciones de pésima salud. Sin embargo sobrevivió milagrosamente a la disentería que le aquejaba y pudo resistir algunos años más, al parecer, retirado en su casa de Tacubaya. La muerte le llegó el 23 de octubre de 1851, inesperada y traicionera, con un motivo vulgar y sin realce. Se cuenta que tuvo que hacer frente al pago de unas deudas, vivía con estrechez y dificultades, quien había dedicado todos sus recursos a la educación y a la defensa de la patria, y en el acaloramiento de la discusión y el disgusto consiguiente, al tener que solicitar un nuevo aplazamiento, sucumbió, según dijeron los periódicos de la época, a resultas de una hemorragia cerebral.

Le sobrevivían su viuda, doña Juana Castilla de Gorostiza, y sus hijos Eduardo, entonces ministro de México en España, Rosario, la segunda de sus hijas, ya que Luisa había muerto años antes que su padre, y Vicente, el más joven de los hijos y entonces cadete en el Colegio Militar.

Poeta, educador, dramaturgo, promotor teatral, crítico literario, interesado por la cultura y la formación profesional, ilustrado y patriota, diplomático eminente, ideólogo práctico, reformador impenitente, a la hora de morir Gorostiza confirma, reafirma y da fe de una vida entregada permanentemente a unos modelos de liberalismo y romanticismo pragmáticos, templados y moderados, a los que se entregó en su juventud y de los que jamás abdicaría.

Manuel Ortuño Martínez



Vista de Cádiz en el siglo XIX